

En los campos no se marchó de acuerdo. Al contrario que en las capitales, donde por la cohesión y la unanimidad se logró sofocarlo todo. Cholet, entre otras, mostró grandes bríos. Era entonces Cholet como un centro de manufacturas, rica en fábricas de pañuelos de seda. Los Cambon y otros industriales de Montpellier que se habían establecido allí dieron ocupación á muchos obreros. El 24 de Agosto del 92, cuando la Vendée respondió á la señal de los emigrados y de los prusianos que entraban en Francia, los obreros de Cholet se proveyeron de picas y fueron á Bressuire, castigando con energía á los que simpatizaron con el enemigo.

Dicen que hubo actos de barbarie, mutilaciones, hechos no probados.

Hubo algunos muertos.

Los tribunales, procediendo magnánimemente, pusieron en libertad á todos los prisioneros.

Los campesinos guardaron rencor á los obreros de Cholet. Derrámase sangre el 4 de Marzo. Una inmensa muchedumbre se agita. Un comandante de la guardia nacional se acerca amigablemente á los grupos; la gente se arroja sobre él, lo desarma y lo arroja en tierra y de un sablazo le cortan una pierna.

El llamamiento general para la frontera irritó aun más el odio de los campesinos contra Cholet, contra las capitales. Llamábase *ley de la requisición* á este llamamiento. La Convención imponía á las municipalidades la terrible carga de improvisar un ejército, comprendiendo material, esto es, hombres y armas.

La Convención concedió el derecho á utilizar no solo las reclutas, si no á emplear cuantos medios pudieran facilitar el trabajo.

Nada tan propio como esto para enfurecer á los vendeanos.

Se decía que la República iba á pedir las bestias de la labranza, á llevarse los toros... «¡Gran Dios! ¡A tomar las armas contra la República!»

La ley de requisición autorizaba á las familias á que se constituyeran si así era su deseo para formar en el contingente. Si había un muchacho muy necesario á su familia la municipalidad lo dejaba y ponía otro en su lugar.

Esto era arbitrario y multiplicaba las cuestiones. Con tan imprudente ley la Convención puso á todo el país en continua riña. Un guardia municipal á quien los campesinos quisieron matar pudo librarse diciendo: «¡No soy de la República. Jamás encontraréis un guardia más aristócrata que yo!»

Estos feroces odios estallaron el día 10 en Machecoul. Tocose á somatén y una espantable masa rural se arrojó sobre la pequeña capital. Doseientos patriotas salieron inmediatamente. La masa los aplastó. Entró de golpe, lo llenó todo. Era domingo, fué como la fiesta de su venganza. Para su divertimento hasta mataron al cura de Cholet, pero no

de un golpe, si no poco á poco, gozándose en su martirio, hiriéndole en la cara. Después de este acto de barbarie se organiza la *caza de patriotas*. Frente á estos vándalos, dando á la macabra fiesta un aspecto carnavalesco de furor y de sangre, va un individuo sucio, de cabellos crespos y desordenados tocando una bocina. Este, cuando divisaba á un patriota, tocaba el instrumento; corría la muchedumbre y daba un golpe



Tambor de sección

de muerte al patriota, dejándole agonizante sobre el suelo y seguía luego al director, dejando que las mujeres y los niños rematasen á pedradas á la víctima.

Esto solo fué una especie de introducción. En Machecoul, los realistas constituyeron un tribunal é hicieron venir masas de patriotas desde todos los pueblos para juzgarlos.

Fué el tribunal de la venganza. Las matanzas continuaron hasta el 22 de Abril.

Todo esto comenzó veinticuatro horas antes de que en la alta Vendée ocurriera nada. Se decidió esta cuando lo de Saint-Lorent.

Una muchedumbre compuesta de gente joven recorrió las calles en



plena revuelta. Trató de detener á un criado llamado Forest, quien habiendo servido á un emigrado, volvió á Francia sin intervenir para nada en las funciones públicas. Forest disparó su pistola y mató á un gendarme. El disparo de la pistola de Forest repercutió en los cuatro departamentos. Se oyó la amenazadora voz del cañón. Nadie se intimidó, sin embargo. Los campesinos subieron á las murallas y mataron á bastonazos á los artilleros.

Saint-Florent tiene escasa importancia, pero conviene indicar su situación topográfica.

Desde su parte más elevada se ve el río que divide los departamentos. A la parte opuesta los dos departamentos eran de carácter sombrío y mudo, con muy poca agua, mirando al Loira como esperando una orden. Saint-Florent y Ancenis son como pequeñas ventanas, desde las cuales la Vendée miraba la encrucijada que forman los departamentos del Oeste.

Cuando sonó el cañón de Saint-Florent repicaron las campanas del Anjou y Pitou.

Ya en lo que se puede llamar la base de la Vendée, alrededor de Machecoul, sonaba desde el domingo el toque de somatén. En todos los lugares que coronan los montes de Bocage, Montaigu y Mortagne se oía el mismo toque de alarma. Cholet estaba aterrorizada. Más de cien mil campesinos habían abandonado ya las tareas del campo. Se aproximaban las Pascuas. Las mujeres llenaban las iglesias. Los hombres en grandes masas permanecían en el atrio... Las campanas lanzadas al vuelo ensordecían; embriagaban á la muchedumbre, esparciendo en la atmósfera la fuerza eléctrica de un huracán.

¿Qué hacía Cathelineau? Demasiado entendió la significación del combate de Saint-Florent, las descargas del cañón. No podía ignorar (el día 12) las afrentosas matanzas del día 10, matanzas que habían comprometido ya todo el litoral vendeano. Todo el país parecía temblar. Se comenzó á creer que se trataba de una grave cuestión.

Cathelineau, por previsiones de padre de familia ó por prudencia militar, se puso aquel mismo día á amasar pan. Un sobrino recién llegado de Saint-Florent le relató lo ocurrido. Cathelineau continuó amasando la harina. Al poco rato entran en su casa varios vecinos, el sastre, el carpintero, el herrero y el zapatero: «¿Y nosotros qué hacemos?» preguntan á Cathelineau. En la casa de éste llegaron á reunirse hasta veintisiete individuos decididos á todo.

Cathelineau vió entonces que esto estaba en su punto.

Ni siquiera lleva al horno su amasijo. Empuñó su fusil.

Salieron juntos de su casa veintisiete. Antes de llegar al extremo del pueblo eran ya quinientos. Toda la población. Todos eran gente robusta, fuerte, valerosa, lo mejor de la insurrección vendeana, que se colocó siempre resueltamente frente al cañón republicano.

Marcharon al castillo de Jallais, donde había un pequeño destaca-

mento de guardia nacional mandada por un médico. Este neófito militar tenía un cañón que no le servía para nada, porque no sabía manejarlo. Disparó el cañón, pero ni hizo blanco, ni cosa parecida. Cathelineau y los suyos, corriendo subieron á la trinchera y se apoderaron de la pieza. Grande alegría. Jamás habían visto un cañón, ni por consecuencia entendían una palabra de artillería. Al cañón pusieronle de nombre *Misionero*. Por el mismo procedimiento se apoderaron de otra pieza de artillería, de una culebrina y le dieron el nombre de *María Juana*.

Por el camino, de grado ó por fuerza, obligaban á que los campesinos se les unieran. Voluntariamente lo hicieron algunos curas; otros dieron cuanto tenían en la despensa. El día 14 se les unió un numerosísimo grupo procedente de Maulevrier. El jefe era Stofflet, un soldado viejo, hijo de un molinero de la Lorena, que sirvió á las órdenes de Mr. de Maulevrier. Stofflet era como Cathelineau, un hombre como de cuarenta años, intrépido, pero más rudo y feroz.

Un ejército compuesto de 15.000 hombres avanzó sobre Cholet. Treinta jóvenes prisioneros fueron colocados en primera línea para recibir los primeros golpes. Un hombre se destacó solo y penetró en la población. Iba descalzo y con la cabeza al descubierto, llevando un crucifijo con una corona de espinas, pendiendo de esta un largo rosario. Una vez en la población gritó con voz estentórea, elevando al cielo sus miradas: «¡Rendid vuestras armas, amigos míos ó todo se pasará á sangre y fuego!»

Inmediatamente se presentaron dos mensajeros con una orden de intimación firmada por el *comandante* Stofflet y el *limosnero* Barbotín, encargado de pasar el cepillo de su parroquia.

Ninguna sensación causó esto á los patriotas.

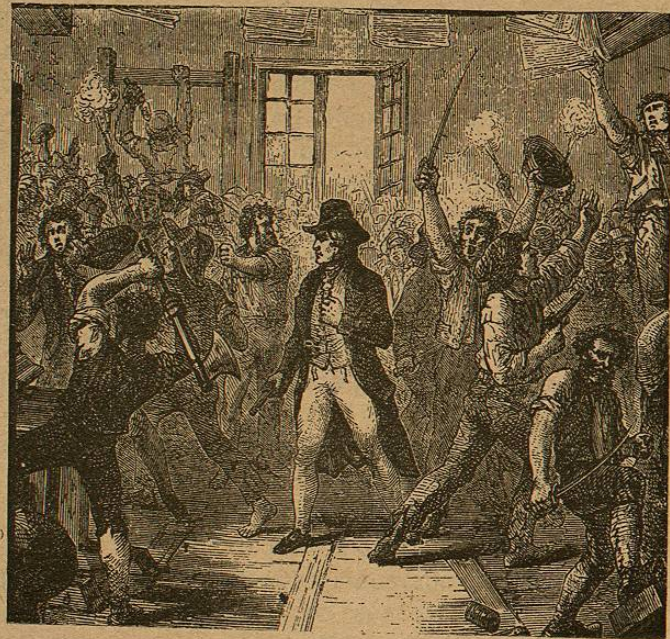
El ejército de estos se componía de trescientos hombres armados de fusiles y quinientos con picas, más cien dragones de un nuevo reemplazo. Mandábalos Mr. de Baubeau, un noble sinceramente republicano. Cuando se presentó el enemigo caía copiosa lluvia. Los de Cholet observaron la línea de treinta patriotas que el enemigo había colocado en su vanguardia y que habían de ser los primeros víctimas.

Esto contuvo á los habitantes de Cholet. Estando en esta duda comenzaron su fuego los vendeanos. Más tarde se supo cuan terribles eran estos tiradores, qué certeros é intrépidos; poseían una rara y originalísima táctica de combate que consistía en no perder ni un solo proyectil. Desde luego se sobreentiende que todos estos guerrilleros no son campesinos ni cosa que lo parezca. Figuran algunos, los más exaltados en calidad de jefes, el resto no son más que contrabandistas, verdaderos brigantes, dignos del nombre que se da equivocadamente á todos los vendeanos. La flor de los campesinos, lo más distinguido de la gente del campo figuraba detrás de estos bandidos, y no tenía la facilidad que estos para correr por una sencilla razón: la mayor parte llevaban zuecos.



Mortíferos fueron los primeros disparos. Mr. de Beaubeau y muchos granaderos cayeron para no levantarse más. La caballería, entrando á la carga, se espantó, sembrando la confusión y el desorden. Los patriotas en retirada se atrincheraron en el pabellón del castillo de Cholet y desde allí hicieron terrible fuego contra la turba reaccionaria que se había situado en la plaza frente á esta fortaleza. Entonces se observaron los caracteres que presentaba esta guerra.

Ni un solo campesino frente á la cruz que se elevaba en aquella



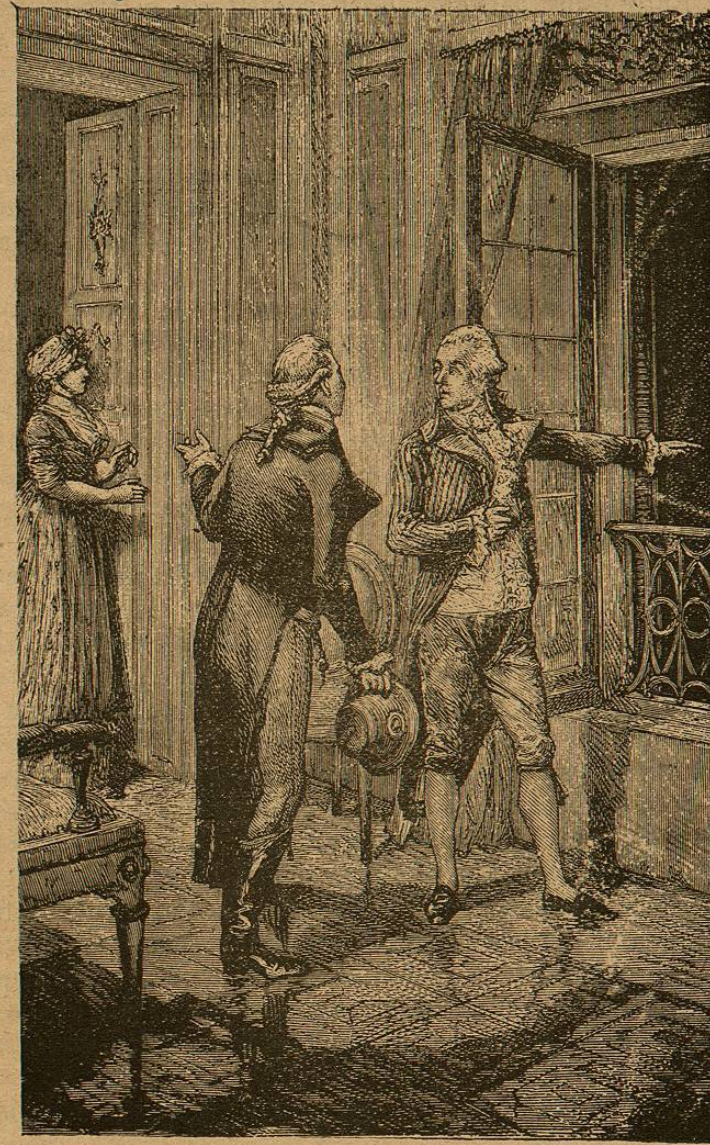
Gorsas empuñó una pistola y pudo atravesar entre estos bandidos (Pág. 619)

plaza, quedó sin arrodillarse y descubrirse mostrando ciego fanatismo. A veinte pasos de la cruz, bajo las balas enemigas, los soldados del campo rezaban con la misma tranquilidad que si estuvieran en el Templo.

Lo que más valor les comunicaba era que estaban confesados y absueltos; podían morir tranquilos; los curas distribuyeron escapularios con la virtud especialísima de proporcionar una muerte dulce y suave como un sueño. Todos tenían la ropa acorazada por bajo con *Sagrados Corazones*.

Esta exagerada devoción causó precisamente contrarios efectos que se observaban muy fácilmente. Nada pedían los campesinos; su solo objeto era matar: para pedir lo hacían en forma extremadamente modesta; se contentaban con los víveres que se les quería dar. Ningún desorden

causaron en el interior de las familias. No hubo más que un pequeño número, no de campesinos, si no de ladrones y contrabandistas mezcla-



«No ocurrirá nada: está lloviendo!» (Pág. 626)

dos entre ellos, como por ejemplo, un artillero, un peillán llamado *Six-Sous*, que robó cuanto dinero tenían en los bolsillos los prisioneros.

Cuando un prisionero se confesaba y aceptaba como ellos las fórmulas de la religión católica nada hacían contra él en la seguridad de



que se había salvado. Muchos salvaron su vida diciendo que no se querían confesar por que aún no se sentían *en estado de gracia*.

La historia ha sido dura é ingrata contra los patriotas que la Vendée mató. Entre estos patriotas, hubo verdaderos mártires que murieron mostrando indomable valor, heroica fe en la República. Se cuentan á cientos los que antes de abdicar dejáronse hacer pedazos. Citaré entre otros á un muchacho de dieciséis años que sobre el cuerpo exánime de su padre, gritó con el entusiasmo de su pecho juvenil: «¡Viva la Nación!» hasta que veinte bayonetazos le acribillaron el cuerpo. De estos mártires el más famoso es Salvador, oficial de guardias municipales de la Roche Bernard, ó mejor dicho de la Roche-Salvador. Ha debido conservar este nombre.

Esta población, enclavada entre Nantes y Vannes, fué atacada el día 16 por una columna de seis ó siete mil campesinos. Apenas si había algunos que tuvieran armas. Penetraron en la población, y con el pretexto de que se había disparado contra ellos, mataron en la plaza á veintidós individuos. Después entraron en la casa ayuntamiento, donde encontraron al síndico procurador Salvador, valeroso funcionario que no había abandonado su puesto. Se le arrastró brutalmente; hiciéronsele algunos disparos, hiriéndole en veinte partes distintas.

Se le exigía que gritara: «¡Viva el rey!» y Salvador decía con la fuerza de sus pulmones: «¡Viva la República!» La turba insensata, irritada, le hizo disparos de pólvora en la boca. Condujéronle á la cruz de piedra de la plaza con el propósito de que se arrepintiera frente á ella, y Salvador gritó: «¡Viva la Nación!» De un pistoletazo le saltan un ojo. Le arrastran más allá. Ensangrentado, mutilado, obligándole á que se mantuviera firme, los bandidos le gritan: «Recomienda tu alma.» Salvador cae, pero se incorpora besando sus insignias en el ansia de la muerte. Nuevo disparo. Cae sobre sus rodillas. Salvador se arrastra con estoica tranquilidad hacia una profunda zanja. Ni una queja, ni un grito de desesperación, ni un gemido. Este espíritu terriblemente frío provocó una tempestad formidable de cólera en los enemigos. Salvador no decía otra cosa, que: «¡Amigos míos, acabadme pero ¡viva la República! ¡viva la Nación!» Hasta su último instante conservó su fuerza de ánimo, su entusiasmo por la República, su amor por la unidad de la patria de Francia.

Salvador no ha conseguido que ningún historiador le dedique un capítulo.

La Convención puso su nombre á la plaza de la población. Bonaparte lo suprimió. Los prefectos de Bonaparte han escrito libros para la gloria de la Vendée.

Una diferencia esencial hemos señalado entre la violencia revolucionaria y la de las turbas fanáticas, animadas de los mismos feroces odios que los curas. Aquella, al matar no tiene otro objeto que desembarazarse del enemigo. Esta conserva los saugrientos caracteres de la In-

quisición, somete al cuerpo á los más horribles dolores ¡para vengar la ofensa que se ha hecho á Dios!

Leed los dulzones idilios que han escrito literatos realistas y acabaréis por creer que los insurgentes han sido poco menos que santos que empuñaron las armas hostigados por la barbarie de los republicanos para ejercer represalias. ¡Que nos digan qué represalias habían de ejercer contra los vecinos de Pontivy, cuando los días 12 ó 13, los campesinos conducidos por un cura, martirizaron á diecisiete guardias nacionales!

¿También se ejercían en Macheoul represalias, donde un tribunal realista sació su sed voraz de sangre, martirizando durante seis semanas á los más honrados patriotas? Un sujeto llamado Souchu vació y llenó las cárceles cuatro veces. La multitud, como se ha visto, mataba por capricho. Souchu no quiso que á los patriotas se les matase de un golpe. Era necesario gozarse en las ejecuciones y que estas fuesen largas y dolorosas. Peor mil veces que un verdugo, Souchu prefería que las víctimas fueran niños. Los hombres honrados no podían ver esto sin indignación.

El comité realista, viendo que se trataba de impedir sus funciones, trabajó de noche.

Según los informes proporcionados á la Convención, en menos de un mes murieron quinientos cuarenta y dos patriotas.

No encontrando ya hombres á quien matar, se pensó en las mujeres.

Había muchas republicanas, poco obedientes á los curas que las conservaban rencor.

Por entonces ocurrió un milagro. En una iglesia había no sé qué santa. Se la consultó. Un cura dijo misa sobre su tumba y puso sus manos sobre la piedra que cubría la cripta. La piedra se levantó ó así lo dijo el cura: «¡Ya siento como se levanta!...» «¿Y por qué se mueve la piedra?» «¡Por qué la santa quiere un sacrificio que sea agradable á Dios, que se mate á las mujeres republicanas!» Afortunadamente llegaron los republicanos de la guardia nacional de Nantes. «¡Ah qué tarde habéis venido, decían las personas honradas estrechando las manos de los guardias! ¡Ya no podréis salvar á nadie, han muerto todos los patriotas; no hay más que murallas!» En la plaza había hombres enterrados vivos.

Vióse con horror una mano nerviosamente crispada que en las angustias de la muerte había arrancado unos hierbajos de la tierra. Sin embargo, los realistas han hecho de la Vendée una leyenda poética; pero hay documentos auténticos que la convierten en sanguinario drama. La extrema devoción de los vecinos de Bocage les hizo fáciles á la sugestión del crimen, considerándolo como un medio de servir á Dios. Les parecía la muerte cosa indiferente. Después de haber recibido la absolución ni les importaba morir ni matar. Prodigaban la muerte sin te-